

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION

LOS DIAS

SEGUNDA EPOCA

Cartagena, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

Cartagena un mes 4 rs.—Trimestre 12.—Fuera de la, trimestre 30.

Jueves 12 de Julio.

El Eco de Cartagena

EL MONASTERIO DE PIEDRA EN ARAGON.

LA GRUTA DE LOS MUERTOS.

LEYENDA.

Pocos días después de haber don Arnaldo contraído segundas nupcias con doña Flor (de ignora su apellido), recibió aviso del Rey para que acudiese á su servicio con sus pendones y hombres de guerra, y no le fué posible negarse á cumplir las órdenes de su señor natural.

En la despedida del anciano hubo algo que no era el reflejo del disgusto de dejar á su joven esposa, ni la expresion de la contrariedad sufrida por tan repentina é inesperada ausencia: era como la penosa fluctuacion de la intranquilidad, como el vago ombrío presentimiento de una próxima é irreparable desgracia.

Las lágrimas quisieron asomarse á los ojos del encañecido guerrero. Al sentir humedecidos sus párpados, clavó su penetrante mirada en doña Flor y le dijo:

—Fuerte cosa es, señora, que deis muestras de mayor fortaleza que yo en este doloroso trance.

Y por lo que de tí, repuso Flor sin inmutarse.

No es la verdad. La esposa, via alejarse sin pena á su sexagenario marido. Habíase casado sin amor, llevada por el deseo de su encumbramiento; dentro de aquel corazón dormían solo el sentimiento del orgullo y el estímulo de la vanidad. Es esto decir que la joven hubiese llegado á cumplir los veinte años, sin que se hubiera despertado en su corazón aquel dulce anhelo, aquella indelible inquietud, que son para el alma vagos anuncios de una nueva y más venturosa existencia? No podemos contestar á esta pregunta.

En voz muy baja algunos servidores del castillo murmuraban que

su señora había amado á un gallardo mozo, como ella de humilde cuna, y aun añadió que se llamaba Juan el Ballestero, y que estaba al servicio del Rey de Castilla.

Quizás los murmuradores se desquitaban de la ruda altivez con que les trataba su recién encumbrada señora, inventando historias que, siendo verosímiles, eran realmente falsas.

D. Arnaldo, contra su deseo, hubo de detenerse por mucho tiempo en la campaña emprendida por el Rey de Aragon contra moros y castellanos, y doña Flor, durante su ausencia, empleaba el día viendo trabajar á sus damas, ó encerrada en su estancia, ó paseando sola por los amenos vergeles que rodeaban una parte del castillo.

En las noches de verano solía pasar largas horas, ya sentada al pie de una cascada, ya dentro de misteriosa gruta, y al regresar al castillo la acompañaba siempre un profundo tedio, que se manifestaba en breves palabras, pronunciadas con áspero desabrimiento.

—Señora, se atrevió un día á decirle el portero, mi celo por vuestro servicio, me obliga á indicaros respetuosamente que es tentar á Dios, que os arriagueis sola á altas horas de la noche en estos espesos bosques...

—Silencio, le contestó con altivez la castellana. Abre la puerta.

—Pudierais acompañarnos señora...

—¡Ay de tí, si me sigues!

El portero creyó distinguir á cierta distancia una sombra que pasaba por entre los árboles, y se apoderó de su espíritu un terror que no pudo dominar, cuando vió que la señora tomó la misma dirección. Obedeciendo á sus sentimientos de lealtad, cogió una acha, y cautelosamente se acercó al grupo de árboles, por donde había cruzado la sombra, y al pie de una cascada vió á su señora, y á su lado á un hombre que al parecer la reconvenía.

Como si estuviese bajo la influencia de una abrumadora pesadilla, el

portero se quedó sin saber que partido tomar. ¿Tenta don Flor un amante? ¿Quién era aquel hombre? ¡Desgraciados si D. Arnaldo los sorprendiera!

Temblando como un azogado desanduvo el camino, y al llegar á la puerta, encontró á un peregrino, y juzgando que pediría hospitalidad, se apresuró á decirle:

—No se da posada en este castillo, que está el señor en la guerra.

—Bien se conoce la ausencia del señor. ¿Quién ha visto abiertas las puertas del castillo á las once de la noche?

Un rayo que hubiera caído á los pies del portero le hubiera asombrado menos que la voz que sonó en sus oídos.

—¿Así guardas, infiel vasallo, el tesoro que he dejado bajo tu custodia?

—¿D. Arnaldo? exclamó el infeliz cayendo de rodillas y sintiendo sobre sus hombros la férrea mano de su señor.

—¿Porqué estaba abierta el castillo? ¿Porque has desamparado la puerta?

—Doña Flor mandó que abriese... y salió.

—¿Está fuera Doña Flor? ¿en donde? ¡Hala ó mueres.

—En el bosque, junto á la cascada... cerca de la gruta primera de la izquierda.

D. Arnaldo, puñetón en mano, ocultándose con los troncos de los árboles, fué avanzando hácia la gruta por su vasallo designada.

Momentos después yacían á sus pies dos cadáveres y el matador lloraba de ira, de dolor y de vergüenza. Poseído de un espantoso vértigo, iba á lanzar por las cascadas los cuerpos aun palpitantes de las víctimas; pero enfurecido ante la idea de que el mundo pudiera saber su afrenta, los arrastró y encerró dentro de la gruta: arrojó la corta de malla que vestía, y durante la noche abrió un cauce, en cuya tarea hubo de ayudarle el portero del castillo, y antes de que el sol brillase en el horizonte cubrió la boca de la

gruta ancha cortina de agua ocultando los cadáveres de la vista de los hombres.

De D. Arnaldo nada volvió á saberse: un aventado sacó del pozo de la Cola de Caballo un cadáver? sería el suyo?

El vasallo que le ayudó á cavar el cauce de la cascada, fué más tarde el anacoreta que hizo el relato de esta lamentable historia.

¿Cómo se explica que los esqueletos pareciesen de piedras al monje que los descubrió? Las aguas del rio Piedras poseen una poderosa virtud petrificadora y espuestos por espacio de muchos años á la accion constante del agua que se filtraba por las hendiduras de las rocas, adquirieron una capa de bastante grueso, que debió causar maravilla en los que ignoraban los efectos naturales de los sedimentos calizos en todos los objetos en que se depositan; y damos fin con esta científica esplicacion á la trágica historia de la gruta de los Muertos.

Manuel Merco.

Misceláneas.

Un crimen espantoso, cometido en Marsella, ocupa hoy la atención de los tribunales franceses.

Un empleado, en librería, Leon Vitalis, encontró excelente acogida cerca de la viuda Boyes, que con su hija Maria tenía abierta en Marsella una tienda de sedas.

Las relaciones de Vitalis con la viuda se enfriaron muy pronto; por no mostrarse ésta todo lo dadivosa que pretendía aquel Vitalis, que había inspirado una pasión muy viva á Maria, le propuso desembarrarse de su madre. La hija consintió en ello.

El 16 de Mayo, á las dos de la tarde, Vitalis derribó á la viuda de un puñetazo, mientras Maria cerraba con llave la puerta de la tienda.

La viuda, acribillada de golpes y de heridas hechas con un cuchillo de mesa, se defendió con energía.